

## PUEBLO CHICO, INFIERNO GRANDE

**Sobre** Federico Falco: *Un cementerio perfecto*. Buenos Aires: Eterna cadencia, 2016, 176 pp.

*Gonzalo Villalba*  
Universidad Nacional de Rosario

El tercer cuentario de Falco *Un cementerio perfecto* elige como localización excluyente a pequeños poblados serranos. Si en *222 patitos* (2014) –la primera obra publicada por Falco en el circuito porteño– la ambientación de los relatos fluctúa entre el campo y la ciudad, por el contrario, los cinco cuentos de *Un cementerio perfecto* presentan una localización uniforme en aldeas minúsculas “rústicas y opacas”, habitadas por un número escueto de residentes. Rasgo común del cual Falco ni siquiera excluye el regreso intermitente a la villa serrana que acomete el protagonista ermitaño de “El rey de las liebres”, cuya reintegración fugaz con la comunidad desde la otredad figurable en el bosque de pinares donde ese personaje habita, insume el (re)conocimiento puntilloso de cada una de las familias que residen en las viviendas del poblado.

Por otra parte, la escasa cantidad de habitantes de las villas serranas de *Un cementerio perfecto* favorece una regulación mediante costumbres que –legitimadas por el peso de la tradición– determinan la inclusión y permanencia dentro de la comunidad. Y, aquí, pensamos particularmente en la trama de “Silvi y la noche oscura”, donde Falco plantea un conflicto familiar instigado por el mandato comunitario de adoptar la fe cristiana que –profesada unánimemente por la población–

funda los resquemores maternos del personaje compungido y sobreprotector de Alba Clara, acuciada ante los embates de rebeldía de su hija adolescente quien intempestivamente resuelve volverse atea. De ahí que Falco acierte en elegir un narrador en tercera persona para la totalidad de sus relatos, puesto que la descripción objetiva de los hábitos internalizados por los pobladores de las pequeñas aldeas serranas descubre poco a poco al lector, un panorama extraño y enrarecido sin recalcar en una escenificación exotista.

Estas reglas extravagantes ordenadoras de la vida comarcana que imagina Falco en el cuentario lindantes mayoritariamente con aspectos macabros (tal como expone, por ejemplo, la suerte de subasta sexual de la hija que emprende el propio padre en “La actividad forestal”), no conlleva nunca una connotación enfática sobre el carácter aberrante de los hábitos descritos en los relatos. Connotación que si bien evade –como dijimos– la asepsia referencial del narrador, al mismo tiempo asume la perspectiva naturalizada que los propios personajes tienen sobre tales costumbres debido a la práctica asidua en su vida diaria.

Esta alusión objetiva sobre los hábitos excéntricos que ordenan la cotidianeidad de las aldeas de *Un cementerio perfecto* permite, entonces, diferenciar la cuentística de Falco respecto de las ficciones de Mariana Enríquez, puesto que si bien los relatos de esa autora también presentan ámbitos reglados por pautas extrañas, no obstante, esa singularidad resulta siempre valorada por el narrador. Por cierto, perspectiva moral que Enríquez en su último cuentario *Lo que perdimos en el fuego* (2016) actualiza y sincroniza con la política de género que –puesta en el centro del debate público con la difusión sensacionalista de femicidios en los *mass media*– desencadena una escritura previsible de buena conciencia, reconocible en el heroísmo de sus protagonistas mujeres inmoladas ante la

violencia machista. Inversamente, la descripción objetiva de Falco en sus ficciones de las costumbres sórdidas que rigen la vida de sus personajes propicia en el lector la generación de expectativas sobre las eventuales reacciones desatadas por esas reglas extravagantes, a diferencia de la previsible resolución biempensante que adelantan los relatos de Enríquez a través de los recurrentes comentarios apreciativos del narrador en los cuales juzga –y pondera– las decisiones resueltas por los personajes.

De ahí que el carácter uniformemente macabro de las costumbres de los pueblos serraros de *Un cementerio perfecto* permitan vincular ese cuentario con las ficciones de Silvina Ocampo, cuyas tramas proponen –y exploran– eventos siniestros que surgen de la torsión de las pautas de sociabilización cotidiana. Subversión que no persigue la moraleja final advertible en los cuentos de Enríquez sino, por el contrario, apuesta por una construcción ficcional plenamente autónoma que –originada en el envés de las convenciones– relata situaciones extravagantes sin someterlas a una evaluación ulterior: por cierto, rasgo que las ficciones de Falco también comparten con la cuentística de Ocampo. Y, aquí, pensamos en la similitud que deja entrever la peripecia de “Un cementerio perfecto” con el cuento de Ocampo “La boda”, cuyo nudo argumental comparte la profanación de convenciones burguesas. En efecto, si el cuento de Falco arremete contra el presupuesto tabú de la fraternidad familiar (precisamente, la institución matriz de la sociedad burguesa), legible en el deseo parricida que inspiran los sucesivos proyectos municipales del intendente de Coronel Isabeta, ante los cuales el longevo Hipólito Girauda resiste para “no dar el gusto” al hijo, por su parte, el mencionado relato de Ocampo erosiona los clisés sentimentalistas que rodean y entronizan el

rito del matrimonio, la ceremonia *par excellence* burguesa que funda la institución familiar.

Por otra parte, el arraigamiento de las costumbres que normativizan los eventos de los pueblos de *Un cementerio perfecto* suscita una mutua vigilancia –y castigo– entre los moradores ante la falta de cumplimiento y, a su vez, estimula el recelo y suspicacia sobre los personajes foráneos que ingresan a esas villas serranas. Estos dos hilos argumentales que dinamizan la tensión en las tramas de las ficciones de Falco, permiten avizorar una convergencia en el cuento extenso “Silvi y la noche oscura.” Allí, el arribo al pueblo de dos predicadores mormones es decodificada como una amenaza por Alba Clara debido a la irrupción de un discurso religioso ajeno al cristiano que aúna la comunidad bajo la tutela del anciano sacerdote Sampacho, al mismo tiempo que propicia la perversión de las buenas costumbres con el deseo lascivo despertado por uno de los mormones en Silvi, la hija adolescente de Alba Clara. Esa subversión de la norma casta que rige el mundo de los adultos infringida por Silvi con la fantasía adolescente de un encuentro lujurioso con el mormón Steve, concluye con la sanción y prevalencia de la ley moral de los mayores, aunque –también– el desenlace del cuento con la pérdida de virginidad de Silvi con un desconocido deja entrever allí la consumación de una suerte de revancha juvenil.

Venganza que permite –nuevamente– vincular el cuentario de Falco con el universo ficcional de Ocampo, debido a la similitud reconocible con los niños irascibles que protagonizan recurrentemente sus relatos, cuyas sublevaciones contra el mundo de los adultos desencadenan represalias desmedidas ante las prohibiciones fijadas por los mayores. En tal sentido, la decisión de Silvi en forzar un encuentro sexual con un desconocido, luego de recibir la amonestación materna por su comportamiento indecoroso junto con el rechazo amoroso de

Steve, permite leer allí la concreción de una represalia adolescente contra las prohibiciones impuestas por el mundo adulto, antes bien que la consumación de un acto emancipador estimable en la primera relación sexual que Silvi efectivamente mantiene con un extraño. Resolución que exhibe rasgos de venganza iracunda con la apariencia de Silvi similar a una prostituta que advierten los mozos del casino donde la adolescente realiza su conquista amorosa, junto a la elección de un amante notablemente mayor que, según dice el narrador, “no era lindo.” De ahí que tales aspectos sugieran en la relación sexual furtiva con la cual Falco decide cerrar “Silvi y la noche oscura” la concreción de una venganza próxima al berrinche infantil, asimilable con la réplica desmesurada que Fernando –el niño protagonista del cuento de Ocampo “Voz en el teléfono” – consume con el incendio fatal donde mueren la propia madre y sus amigas, propiciado por la trasgresión de la prohibición de jugar con fósforos.

Ahora bien, si las villas serranas de *Un cementerio perfecto* exhiben –como dijimos– un rasgo común de ordenación mediante reglas consuetudinarias opresivas que proscriben un compartimiento uniforme entre los habitantes, por otro lado, la fundación de nuevas organizaciones comunitarias –tal como permite entrever la peculiar sociedad conformada entre hombre y animales en “El rey de las liebres” – también insume la instalación de una legislación coercitiva sobre los moradores. En efecto, el sometimiento de las libres conseguido por el protagonista ermitaño del cuento a partir de exhibir en picas los restos de animales que fuerzan la entrega en “sacrificio” de lebratos para la propia ingesta, puede vincularse con la coerción simbólica ejercida por las costumbres que regulan la vida de los habitantes de las villas del cuentario de Falco, cuya obediencia determina la admisión dentro de la comunidad.

De allí que, finalmente, *Un cementerio perfecto* pueda consignarse como obra madura respecto de la anterior producción de Falco, puesto que este cuentario alcanza una sistematización poética notable tanto en la persistencia locativa que define una zona propia (esto es: la serranía cordobesa, previamente insinuada con la predilección de Falco por los escenarios descampados), donde transcurren eventos similares que singularizan una temática particular (la opresión de la vida comunitaria imbricada con los vejámenes que naturalizan las costumbres), constitutivo de un tono personal de radical escepticismo. Maduración que si ciertamente insume la limitación de asuntos y recursos a fin de constituir un repertorio propio, anteriormente disperso con la exploración del *non sense* que permiten reconocer algunos relatos de los cuentarios precedentes *222 patitos* y *La hora de los monos* (2010) descubre, aquí, un potencial narrativo explotable con la contracara de costumbres e instituciones que dejan leer los relatos sobre las pequeñas aldeas de *Un cementerio perfecto*.